

FECHA DE RECEPCIÓN:

1/02/2013

FECHA DE ACEPTACIÓN:

22/03/2013

ISSN: 1885-446 X

ISSNe: 2254-9099

PALABRAS CLAVE

Autoridad; normas; obediencia;
presión grupal; literatura

KEYWORDS

Authority; norms; obedience;
group pressures; literature

AMALIO BLANCO

e-mail: amalio.blanco@uam.es

¡Zu Befehl!: Un viaje al corazón de las tinieblas¹

Zu Befehl!: A trip into the core of darkness

AMALIO BLANCO

Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

Con mucha frecuencia, el mundo de la literatura y el de la creación científica guardan entre sí un sospechoso parecido de familia. Será porque a nuestra fantasía le resulta imposible desprenderse de manera definitiva de lo que nos rodea; será porque todo acto de creación literaria no es más que un trasunto de nuestra propia peripecia biográfica. A veces, los científicos sociales crean metáforas que intentan dar cuenta de lo que esconde una determinada realidad, de los argumentos que la definen, de los protagonistas que la sostienen. Y, de pronto, esa realidad antes opaca se nos muestra como un libro abierto invitando a su lectura. En este artículo, vamos y venimos de la realidad a la fantasía literaria sin saber muy bien y sin preocuparnos en exceso por saber dónde empieza y termina cada una, porque, a la postre, las dos desembocan en el mismo río.

ABSTRACT

Very frequently, reality and literature hold a suspicious similarity. It could be because it's impossible for our fantasy to let go completely of what surrounds us, or could be because all act of literary genre is nothing more than a copy of our own biographical vicissitudes. Sometimes, social scientists create metaphors that try to account for what a specific reality hides, the arguments that define it and the protagonists that hold it. Suddenly, that hidden reality, opens up widely as a book ready to enjoy reading it. In this article, we come and go from reality to literary genre without really knowing and without excessively worrying about where each one starts and begins, because eventually, both flow into the same river.

¹ Este artículo se ha elaborado en el marco del proyecto PSI2009-12108, del Ministerio de Ciencia e Innovación.

Cómo citar este artículo:

Blanco, A. (2013). *¡Zu Befehl!:* Un viaje al corazón de las tinieblas. *Ocnos*, 9, 21-52. Recuperado de: <http://www.revista.uclm.es/index.php/ocnos/issue/view/233>

El acusado Mulka terminó su alegato ante el juez con las siguientes palabras: “quiero subrayarlo una vez más: no hicimos nada más que cumplir con nuestro deber, incluso aún cuando muchas veces nos resultara difícil y tuviéramos que desesperarnos”. Y antes de caer el telón, Peter Weiss, el autor de la representación dramática, añade al término de la intervención: *fuerte aprobación por parte de los acusados*. No era para menos; se estaban jugando el pellejo. Los guardianes de “El Experimento”, la trepidante película de Oliver Hirschbiegel, solo se jugaban 4000 euros, que es una nadería si lo comparamos con la propia vida, pero sus razones y argumentos para llegar hasta un final que ninguno de ellos habría imaginado en sus sueños más febriles guardan un sospechoso parecido de familia con los de acusado Mulka. Hay suficientes motivos para ello.

El largometraje de Hirschbiegel es una adaptación al cine de la novela “Black Box” de Mario Giordano. Durante sus estudios de Psicología en la Universidad de Düsseldorf, Giordano tuvo la oportunidad de conocer en profundidad la inquietante *performance* que un grupo de investigadores de la Universidad de Stanford, bajo la dirección del profesor Philip Zimbardo, llevara a cabo en el verano de 1971. Aquel joven estudiante, ni más ni menos que los miles que lo precedieron y los que han seguido después sus pasos en estas lides académicas, se iba quedando perplejo a medida que el profesor de Psicología social desentrañaba los escabrosos pormenores del que hoy conocemos como el “Experimento de la Prisión de Stanford” (EPS). Y quienes nos dedicamos a las tareas docentes en el campo de la Psicología hemos sido testigos, año tras año, de esa mezcla de incredulidad, resistencia y atractivo fatal que, además del EPS, despiertan entre nuestros estudiantes otros dos clásicos experimentos: el de la conformidad ante la presión de grupo, a cargo de Solomon Asch, y las distintas variaciones (18 en total) que Stanley Milgram manejara para abordar el estudio de otro de los fenómenos que ha cubierto de sombras la historia de la humanidad: la obediencia.

La trama de estos acontecimientos (el diseño experimental propiamente dicho, en la terminología científica al uso) acaba construyendo metáforas que parecen más propias de la fantasía ardiente de un novelista que de la mente fría y sosegada de un científico: todos pudimos ser un eslabón en la cadena destructiva del Holocausto, viene a decirnos Milgram. La lección fundamental de las 18 manipulaciones experimentales que este genial investigador hace de la figura de autoridad es que “las personas más corrientes, por el mero hecho de realizar tareas que les son encomendadas, y sin hostilidad particular alguna de su parte, pueden convertirse en agentes de un proceso terriblemente destructivo” (Milgram, 1980, p. 19). A decir verdad, no es una conclusión precisamente tranquilizadora. Aunque no está claro que Maximilian Aue quepa dentro de esta categoría, la de una persona corriente (el desenlace final de algunos episodios de su turbulenta peripecia biográfica parecen indicar justamente lo contrario), nosotros, como él, también esperamos no matar nunca, también queremos “vivir una vida buena y provechosa”

y nos aterra imaginarnos cruzando *las sombrías orillas*. Pero es de todo punto necesario añadir que si lo hemos conseguido no es porque seamos mejores que él, sino porque a lo mejor hemos tenido más suerte ya que “nadie viene a mataros a la mujer y a los hijos” y porque además “nadie viene a pedirnos que matéis a la mujer y a los hijos de otros”. No echemos las campanas al vuelo porque siempre estamos a tiempo de cruzar esa tenue frontera (“la zona gris” a la que Primo Levi dedicará una especial atención en *Los hundidos y los salvados*) que nos situaría al lado de la barbarie y nos convertiría en un eslabón, probablemente insignificante pero necesario, en alguna cadena de destrucción en cuanto se den las condiciones y circunstancias necesarias para ello. Condiciones externas, se entiende, ajenas por completo a las disposiciones y rasgos psicológico-individuales, porque, como se pone de manifiesto en el EPS, cuando ponemos a personas normales en medio de una situación que sigue de manera metódica los pasos de un guión previamente escrito para ser interpretado por alguien como nosotros, cuando los papeles (roles) que tenemos que jugar están claramente definidos, hay instrucciones y órdenes procedentes de alguna figura de autoridad, hay normas estrictas, se reparte a los actores en grupos bien diferenciados activando el peligroso juego de una lógica intergrupual y las metas y objetivos están claramente fijados, puede suceder lo que no está en los escritos (en el guión), en la imaginación de los participantes o en las hipótesis más interesantes de los investigadores (las hipótesis no pueden prescindir de la obligación de ser interesantes, había escrito el Borges de *Artificios*).

Con el tiempo, el EPS se ha convertido en un poderoso ejemplo del impacto potencialmente tóxico de la maldad de ciertos sistemas y situaciones para hacer que unas personas buenas se comporten de una manera patológica ajena a su forma de ser” (Zimbardo, 2007, p. 272).

Solomon Asch, por su parte, el maestro de maestros, ya había cruzado con total naturalidad una línea epistemológica aparentemente infranqueable por aquella época (comienzos de la década de los cincuenta): cuando nos encontramos formando parte de un contexto grupal (no digamos si nos sentimos pertenecientes o nos identificamos de cabo a rabo con un grupo, algo que sucede con mucha frecuencia), este hecho ya no resulta indiferente para lo que pensamos, lo que sentimos o lo que hacemos, o para las tres cosas al mismo tiempo. Aunque resulte muy cómodo, el recurso a la personalidad o al carácter como único argumento para explicar por qué las personas son como son y hacen lo que hacen, es decir, como el único o el más importante nivel de análisis de la acción humana y de los procesos internos que la sustentan, tiene un recorrido francamente limitado: “cuando se investigan los procesos psicológicos fuera de un marco social, la extensión de las condiciones, y por ende el alcance de la observación se restringen” (Asch, 1962, p. 46). Es por eso por lo que no resulta indiferente, sino todo lo contrario, estar en un grupo, vivir en una sociedad, formar parte de una asociación o pertenecer a una familia que

exige sumisión, que no acepta la independencia, que anula nuestra capacidad de pensar y de juzgar, que persigue a toda costa la unanimidad: “la acción compartida que reposa sobre en la supresión voluntaria o involuntaria de la experiencia individual, constituye un proceso sociológico nocivo” (Asch, 1962, p. 493), arbitrario, errático, y psicológica y socialmente destructivo.

Tres metáforas inquietantes, pues, a las que merece la pena prestar la máxima atención para no correr el riesgo de cruzar *las sombrías orillas*:

1. La dependencia acrítica que se gesta en el marco de las relaciones definidas por una figura que ejerce la autoridad sin reservas puede conducirnos a abdicar plenamente de nuestras más elementales convicciones morales (la compasión y la empatía) y a poner en peligro sin remordimientos la vida o la integridad física de algunos de nuestros semejantes.
2. La anulación de la independencia (la capacidad de juzgar por uno mismo), la supresión de la intrínseca singularidad que lleva consigo todo ser humano, el intento de encauzarnos por una identidad única, la búsqueda encarnizada del consenso y el implacable castigo del disenso, es la alfombra, teñida de rojo, por la que han paseado su vesania dictadores y tiranos de toda laya. Imre Kertész, que algo sabe de estas cosas, lo dejó dicho en *Dossier K*: “la pasión más aniquiladora del siglo xx es la renuncia al individuo y la acusación colectiva contra pueblos o grupos étnicos”. Los totalitarismos, en una palabra.
3. El mero cumplimiento del deber, escondidos tras una máscara (el rol) que nos permite desentendernos de las consecuencias que tienen nuestras acciones, nos puede convertir en agentes de procesos destructivos (ver Cuadro 1).

La imaginación sociológica

Contrariamente a las creaciones cinematográficas y literarias de Oliver Hirschbiegel o Jonathan Littell, el enigmático creador de ese personaje inquietante que es Max Aue, las obras (en este caso, investigaciones) de Philip Zimbardo, Stanley Milgram o Solomon Asch no obedecen al capricho de una ficción, pero gozan de una cualidad imprescindible: su contrastada capacidad “para percibir la interrelación del hombre y la sociedad, de la biografía y de la historia, del yo y del mundo”, en acertada opinión de otro de nuestros maestros (Wright Mills, 1961, p. 23). Disponen de una solvente “imaginación sociológica” en la medida en que están convencidos, y con ellos una pléyade de extraordinarios teóricos e investigadores, de la relevancia y del significado que adquieren los escenarios sociales e históricos “para la vida interior”, de la naturaleza situada de la acción humana y de quienes la protagonizan, de que, a la hora de intentar entender y explicar tanto lo que hacemos las personas como lo que ocurre en el mundo es necesario “un interés directo por las relaciones entre el funcionamiento psicológico humano y los procesos y acontecimientos sociales a gran escala que moldean este funcionamiento o son moldeados por él” (Tajfel, 1984, p. 23), de que “nuestras propias realidades íntimas”, algunas

CUADRO 1: Procesos sociales destructivos

Solomon Asch	Stanley Milgram	Philip Zimbardo
<p>Cuando los individuos anulan su capacidad de pensar y juzgar a su modo, cuando dejan de relacionarse independientemente con las cosas y las personas, cuando renuncian a su iniciativa y la delegan en otros, alteran el proceso social e introducen en él una arbitrariedad radical. El acto de la independencia es productivo desde el punto de vista social, puesto que constituye la única forma de corregir errores y de guiar el proceso social de acuerdo con las exigencias experimentadas. Por otra parte, el acto de sumisión es antisocial, porque siembra el error y la confusión... La acción compartida que reposa en la supresión voluntaria o involuntaria de la experiencia individual, constituye un proceso sociológico nocivo (Asch, 1962, p. 493).</p>	<p>Se ha acostumbrado ofrecer como explicación común el que las personas que hacían llegar esas descargas a la víctima eran auténticos monstruos, la orla sádica de la sociedad... Esa es una explicación sumamente endeble. Y de hecho, nos recuerda vivamente la discusión con motivo de la publicación de la obra de Hannah Arendt, <i>Eichmann en Jerusalén</i>. ... Se tenía la convicción, de una u otra manera, de que las acciones monstruosas llevadas a cabo por Eichmann exigían una personalidad brutal, torcida y sádica. Algo así como el mal encarnado. Tras haber sido testigo de cómo cientos de personas corrientes se sometían a la autoridad en los experimentos que nosotros llevábamos a cabo, me es preciso concluir que la concepción de Arendt sobre la <i>banalidad del mal</i> se halla mucho más cerca de la verdad de lo que pudiera uno atreverse a imaginar (Milgram, 1980, p. 18-19).</p>	<p>Nuestro objetivo era ampliar esta perspectiva básica – la que enfatizaba el poder de las situaciones sociales – a un área relativamente inexplorada de la Psicología social. Concretamente, nuestro estudio representó una demostración experimental del extraordinario poder que tienen los ambientes <i>institucionales</i> en ejercer influencia sobre quienes están en su seno. ... el experimento de la Prisión de Stanford analiza las presiones hacia la conformidad que se ciernen sobre aquellos grupos de personas que se encuentran dentro de un escenario institucional... Puesto que el diseño del estudio permitió minimizar el papel jugado por las variables disposicionales, el experimento de la Prisión de Stanford ofrece argumentos psicológicamente muy significativos sobre la naturaleza y la dinámica del control social e institucional (Haney y Zimbardo, 1998, p. 709).</p>

de ellas al menos, solo se comprenden de manera cabal “en relación con las más amplias realidades sociales” (Wright Mills, 1961, p. 34) o con las más cercanas, como las que se manejan en el EPS y en los experimentos de Stanley Milgram y Solomon Asch.

Partiendo de una pieza de la realidad en bruto, todos ellos construyen una metáfora muy literaria que intenta dar cuenta de lo que dicha realidad esconde, de los argumentos que la definen, de las personas que la mantienen contra viento y marea, de los motivos que la justifican. Para que nadie se lleve a engaño, Milgram lo confiesa en el primer capítulo de su libro: “ha podido confirmarse que entre los años 1933 y 1945 fueron sistemáticamente sacrificados millones de personas inocentes”. Y ofrece de inmediato un adelanto del que será su hilo argumental: “es muy posible que semejante conducta tan bárbara haya tenido su origen en la mente de un solo individuo, pero no se podría haber llevado a cabo a escala tan amplia sin la colaboración obediente de otras muchas personas” (Milgram, 1980, p. 15). Zimbardo y sus colegas estaban preocupados por la (in)eficacia del sistema penitenciario, por su (in)capacidad para rehabilitar a los presos, por su (in)viabilidad para afrontar con garantías la solución del problema de la criminalidad, por el incremento exponencial de la población de reclusos en Estados Unidos, se mostraban inquietos por los trágicos enfrentamientos entre prisioneros y guardias en diversas cárceles de Estados Unidos e indignados por el maltrato a que eran sometidos los presos en muchas de ellas, por el uso sistemático de la violencia física (Haney y Zimbardo, 1998). Henri Tajfel, a quien hemos visto en una cita fugaz, hace su apuesta teórica después de haber salido con vida de un campo de exterminio nazi y tras descubrir, cuando vuelve a París en mayo de 1945, “que apenas quedaba nadie vivo de la gente que yo conocía en 1939”. La actividad científica de todos ellos, y este es un matiz especialmente relevante, está presidida por la convicción de que hay realidades, contextos y condiciones que llevan a su grupa un reguero interminable de víctimas respecto a las que no cabe ni el silencio ni la indiferencia.

Conviene recordar que el propósito del EPS era precisamente “evaluar el impacto de unas fuerzas situacionales extremas” sobre la conducta de unos jóvenes universitarios manteniendo controlada la influencia de las disposiciones individuales mediante la selección de un grupo de estudiantes muy normales y muy homogéneos en una serie de dimensiones de personalidad que son las que normalmente se utilizan “para explicar los incidentes en las prisiones”. Desde el punto de vista metodológico esta es una pieza central: la muestra se eligió tras un pormenorizado estudio psicológico de cada uno de los candidatos (aplicación de la Escala F, de la Escala de Maquiavelismo y de las Escalas de personalidad de Comrey, y entrevistas en profundidad) que ayudó a seleccionar a “aquéllos a los que se juzgó, más allá de toda duda razonable, como estables emocionalmente, físicamente sanos y respetuosos con la ley” (Zimbardo et al., 1986, p. 97). Y conviene también señalar que todo lo que allí ocurrió cuando aquellos muchachos desenfadados se pusieron a jugar de manera ingenua y alegre a carceleros y presos se desencadenó a raíz de una sencilla indicación: los guardias tenían que mantener la “ley y el orden” en aquella prisión simulada en los sótanos de la Universidad; ellos serían,

además, los “responsables de la solución de todos los problemas que pudieran surgir” (Zimbardo, et al., 1986, p. 99).

La imaginación sociológica, tan literaria a veces, se sostiene sobre la convicción de que la tarea firme y encarecidamente encomendada (mantener la ley y el orden), su procedencia (figura de autoridad), el juego de un determinado papel (el rol) ajeno a la cotidianidad de los actores, la presión grupal, el miedo al aislamiento y al rechazo, y la responsabilidad frente a los acontecimientos que se pudieran desencadenar, juegan un papel determinante en lo que finalmente ocurre en la vida real, no importa muchas veces lo terrible que sea, en el laboratorio de una Universidad, o en la ficción de una película que se inspira en una metáfora construida en un escenario artificial que, sin embargo, tal y como se pretende, da lugar a acontecimientos reales. El ejemplo nos lo ofrece la película “El Experimento”. Oliver Hirschbiegel maneja una idea-guía que se mantiene con una obstinación dramática a lo largo de todo el film: el cumplimiento del deber, la fidelidad a las órdenes recibidas, el seguimiento mostrenco de las reglas de un juego en el que, a cambio de la nada despreciable remuneración de 4000 Euros, participan 20 hombres a quienes el más puro azar elige como guardianes o como presos de una cárcel simulada. Todo ello con absoluta independencia e indiferencia de las consecuencias y penalidades que ello pudiera acarrear para los compañeros de fatigas, sean estos presos o carceleros.

La obligación antes que la devoción, las ideas (el deber, la obediencia, la norma, la ley) antes que las personas, la búsqueda obsesiva de las esencias universales antes que los hechos particulares. No hay de qué extrañarse de lo que allí sucede. Imre Kertész, superviviente del exterminio nazi y Premio Nóbel de Literatura, confiesa no sentirse extrañado de lo que ocurrió en Auschwitz donde estuvo recluido por haber cometido el “delito” de nacer como judío (pertenencia categorial); aquello fue la consecuencia lógica de “una determinada línea de la historia europea”. Visto a posteriori “qué ha pensado y cómo ha vivido y cómo ha actuado durante siglos el hombre, la maquinaria de muerte creada para exterminar a los judíos europeos no supone una sorpresa tan grande” (Kertész, 2007, p. 65). Esa es también la tesis que desarrolla Zygmunt Bauman en una obra que marca un punto de inflexión en las investigaciones sobre el Holocausto: “la civilización moderna no fue la condición *suficiente* para el Holocausto. Sin embargo, casi con toda seguridad, fue su condición necesaria. Sin ella, el Holocausto sería impensable” (Bauman, 1997, p. 17). Thomas Mann nos ha ofrecido un acabado ejemplo de los rasgos más sobresalientes de esa civilización moderna, de esa *Weltanschauung* aupada en la pura racionalidad técnica e instrumental alejada de preocupaciones valorativas, en *Los Buddenbrook*, una de las grandes obras literarias del pasado siglo, al relatar con maestría el fracaso estrepitoso y dramático del pequeño Hanno que había heredado de su madre una “debilidad”: la pasión por la música. A los ojos de su padre, esas inclinaciones lo alejaban de ser un auténtico Buddenbrook: “un hombre fuerte de mentalidad práctica, con una

fuerte tendencia a la extroversión y un fuerte deseo de poder y conquista”. Por si fuera poco, en el colegio en el que fue educado hasta su prematura muerte, “se habían impuesto ahora como máximos valores los conceptos de autoridad, cumplimiento del deber, poder, obediencia y éxito profesional, y el imperativo categórico de nuestro filósofo Kant era el estandarte que el director Wullicke blandía en actitud amenazante en cada uno de sus discursos”.

Ya lo habían advertido algunos de nuestros mayores, nada menos que Theodor Adorno y Max Horkheimer, al preguntarse de manera angustiada “por qué la humanidad, en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano, desembocó en un nuevo género de barbarie” (Horkheimer y Adorno, 1970, p. 7), en un exterminador proceso de deshumanización cuyas secuelas son todavía visibles desde los cuatro puntos cardinales de la vieja Europa. “Los mártires anónimos de los campos de concentración” son el resultado y la consecuencia inevitable de la rendición de la razón al cálculo, la eficiencia, la utilidad y el deber; de su indiferencia metódica, calculada y hasta apasionada frente a los hechos particulares, frente al mundo de las cosas reales y de las personas de carne y hueso; de su embaucamiento por las mieles del progreso y del poder, y de su consiguiente e inevitable autoliquidación “en cuanto medio de intelección ética, moral y religiosa” (Horkheimer, 2002, p. 56). Esa razón subjetiva, abstracta, escindida y abstraída del mundo, que mira con desdén a lo concreto (a las personas que sufren todo tipo de tribulaciones) acaba por levantarse contra su propio protagonista, de suerte que “la historia de los esfuerzos del hombre por sojuzgar la naturaleza es también la historia del sojuzgamiento del hombre por el hombre” (Horkheimer, 2002, p. 125). Ha sucedido una y otra vez y puede volver a ocurrir. Vayamos a una escena cinematográfica:

- En una autocracia — dice el profesor — el individuo o el grupo que posee el gobierno tiene tanto poder que puede cambiar las leyes como quiera. ¿Conocéis ejemplos de ese sistema?
- El Tercer Reich.
- Ah, no. ¡Otra vez, no!
- Yo tampoco he elegido este tema, pero tenemos que pasar la semana estudiándolo. Tengo unas fotocopias para vosotros.
- No quiero volver a machacar otra vez lo mismo.
- Aquí no puede volver a pasar algo así.
- Rainer, ¿no podemos hacer otra cosa?
- Hablemos del gobierno de Bush.
- Un momento, dice el profesor. A mí me está pareciendo interesante. ¿Pensáis que en Alemania no sería posible que volviera una dictadura?
- De ningún modo. Ya hemos aprendido la lección.
- Marco, ¿tú qué opinas?
- Ni idea.
- Bien. Diez minutos de descanso.

Es un diálogo al comienzo de “La Ola”, de otro director alemán, Dennis Gansel, basada en otra novela (“La tercera ola”) que se inspira a su vez en otra

experiencia llevada a cabo en 1967 en un Instituto de Enseñanza Secundaria en Palo Alto (EEUU). Acontecimientos reales que traspasan con facilidad esa tenue línea que divide los hechos de la realidad de la ficción literaria y nos interpelan como personas y como científicos sociales para darles una respuesta y aportar una solución. El último episodio de la película de Gansel nos acerca verdaderamente al corazón de las tinieblas. Cuando, trasgrediendo la euforia de una ilusa identidad única (“la Ola nos ha hecho a todos iguales”, había escrito uno de los alumnos), Marco intenta que las aguas vuelvan a su cauce (romper las cadenas de la presión grupal, del favoritismo endogrupal, de la sumisión a la autoridad, del pensamiento e identidad única), el profesor pregunta a voz en grito para provocar una respuesta unánime y condenatoria: “¡¿Qué hacemos ahora con el traidor?!! Lo podríamos colgar, o decapitar, o quizás podríamos torturarlo hasta que acepte nuestras normas”. Y, para dar paso a lo que pretendía que fuera la conclusión didáctica del curso, añade de manera algo más sosegada: “eso es lo que se hace en una dictadura”. Claro que tampoco Rainer fue capaz de anticipar la brutalidad del desenlace final.

Pasamos del maltrato a los presos en las cárceles norteamericanas de los años sesenta a una prisión simulada donde jóvenes estudiantes especialmente seleccionados por su equilibrio psíquico dan lo peor de sí mismos, obligan al director a suspender el experimento para impedir males mayores e inspiran a un licenciado en Psicología una exitosa novela que sirve de guión para una ensordecedora película. En todos estos escenarios, ciudadanos de a pie “acabaron accediendo, obedeciendo o dejándose tentar para hacer cosas que no podían imaginar antes de entrar en el campo de esas fuerzas situacionales” (Zimbardo, 2007, p. 20). Vamos del exterminio judío a manos de la vesania nazi al laboratorio de Psicología de la Universidad de Yale donde un considerable número de ciudadanos corrientes de la ciudad de New Haven asestan descargas eléctricas mortales a una persona cada vez que comete un error en una tarea de recuerdo de palabras por el mero hecho de que se lo indique el responsable del experimento (figura de autoridad). Ponemos juntos unos sencillos ingredientes (un líder, unas normas, un saludo, un uniforme, un nombre y un distintivo que nos diferencie y nos identifique como grupo) y vemos cómo se van desarrollando acontecimientos que colocan a unos escolares de secundaria al borde del abismo: acciones tortuosas ejecutadas por personas alejadas por completo de la monstruosidad psicológica que nos apetecería atribuirles para poder establecer respecto a ellas una gruesa, y probablemente ilusa, línea divisoria: nosotros jamás haríamos lo que ellos han hecho; nosotros jamás podremos ser como ellos. Pero es precisamente ahí, nos advierte el comandante Maximilian Aue, donde reside el peligro: en creernos que somos mejores. A nosotros, como a Elie Wiesel, otro superviviente de Auschwitz, nos “molesta pensar que Eichmann es humano” y también habríamos preferido “pensar que tuviera una cabeza monstruosa, a lo Picasso, con tres orejas y cuatro ojos” (Wiesel, 1996, p. 416). Pero el mismo Wiesel vivió en sus propias carnes lo iluso de esa creencia: al poco de salir del infierno entra a formar

parte de un grupo terrorista en la Palestina ocupada por los británicos, y un buen día le ordenan ejecutar a John Dawson, un soldado secuestrado en represalia por la captura de David ben Moshe, miembro de su grupo terrorista. Y el bueno de Wiesel, recién regresado de Auschwitz, obedece sin rechistar. Ya ha bajado al corazón de las tinieblas; ya ha cruzado *las sombrías orillas* (ver el relato detallado en Wiesel, 1986, pp. 117-186). Otra estremecedora metáfora: la víctima convertida en verdugo.

La madre de Dawson invocó clemencia. Fue en vano: el acontecimiento que más dolor y sufrimiento ha causado al ser humano a lo largo de la historia han sido los actos de violencia intencional perpetrados por unos en contra de otros (la activación de divisorias intergrupales, como diría Charles Tilly, uno de los más cualificados expertos en el campo de la violencia colectiva) en guerras de todos los colores, en genocidios cruentos, en desalmados atentados terroristas, etc. En la inmensa mayoría de estos casos, ni las víctimas ni los verdugos han elegido su destino. “Como demuestran las luchas entre los hutus y los tutsi, en ciertas circunstancias el hecho de figurar a un lado u otro de una línea divisoria entre categorías se convierte en cuestión de vida o muerte” (Tilly, 2007, p. 11). Es el más puro azar (un argumento tan literario, por cierto) el que define dónde estamos en un determinado momento de la historia; es azar ser hombre en algún país escandinavo o mujer en Somalia, haber nacido como judío en la Alemania de Hitler o como cristiano en Italia, haber caído en la zona republicana o nacional durante la guerra civil española, haber tomado el tren de Cercanías aquel fatídico 11-M en Alcalá o el autobús para llegar al trabajo, y así sucesivamente. Hay algunos (afortunadamente muchos) que siguen teniendo la suerte de cara no solo porque nadie viene a matarlos por pertenecer a un determinado grupo o por defender determinadas ideas, sino porque nadie les obliga a vulnerar el derecho que tienen a no matar. El comandante Aue nos lo vuelve a recordar: “el hombre que está a pie firme junto a la fosa común no ha pedido, en la mayor parte de los casos, estar en ese sitio, de la misma forma que tampoco lo ha pedido el que se halla tendido, muerto o moribundo, dentro de esa misma fosa”. Durante una cacería de urogallos organizada por el Dr. Mandelbrod en las cercanías de Berlín vuelve, indirectamente, sobre el mismo argumento cuando Albert Speer, ministro del Reich, se extraña de que no le guste la caza: “no me gusta matar, Herr Reichminister. A veces hay que matar por deber. Pero matar por gusto es algo que se elige”. Aunque el azar nunca puede anular nuestra libertad ni nuestra naturaleza de seres activos frente al medio, conviene no echarlo en saco roto por el mero hecho de que lo invoque un personaje de dudosa catadura moral como este comandante de las SS. En los considerandos jurídicos del tribunal que juzgó y condenó a la horca a Adolf Eichmann se puede leer:

Has contado tu historia con palabras indicativas de que fuiste víctima de la mala suerte, y nosotros, conocedores de las circunstancias en que te hallaste, estamos dispuestos a reconocer, hasta cierto punto, que si éstas te hubieran sido más favorables

muy difícilmente habrías llegado a sentarte ante nosotros o ante cualquier otro tribunal (Arendt, 1999, p. 420).

Fue también fue el mero recurso al azar el que colocó a los participantes en las cárceles simuladas del EPS y de “El Experimento” a un lado u otro de una sencilla línea divisoria: carceleros o presos. Tras la realización de las pruebas físicas y psicológicas de rigor, condición indispensable para participar en el juego, y la distribución de los papeles a cada uno de los participantes, el director de la investigación, el Dr. Klaus Thon, se reúne con el grupo de guardianes para darles una sencilla instrucción siguiendo de nuevo las directrices del EPS: “deben garantizar el orden y hacer que se cumplan las reglas”. Y para afianzar su compromiso, añade: “el éxito o el fracaso del proyecto depende de ustedes. Si no se plantean su trabajo con sentido de la responsabilidad, este experimento no servirá para nada.” Esa es también la instrucción que recibe Franz Stangl cuando lo trasladan a Berlín en 1940 para dirigir el programa de eutanasia, un entrenamiento para la tarea que le encomendarán un par de años más tarde: dirigir el campo de exterminio más demoledor de la maquinaria criminal del nazismo, el campo de Treblinka, donde, según le cuenta a Gitta Sereny un testigo ocular, Franzisek Zabecki, murieron 1.200.000 judíos. La conversación entre la historiadora austríaca y el ufano comandante nazi (acudía a la rampa por donde descendían los judíos recién llegados a la estación a la grupa de un hermoso caballo y vestido con su impecable uniforme blanco), transcurre en los siguientes términos (Sereny, 2009, p. 72):

- El Kriminalrath Werner dijo que tanto Rusia como América contaban desde tiempo atrás con una ley que les permitía practicar la eutanasia – muerte piadosa – a personas mentalmente incurables o monstruosamente deformes. Dijo que la misma ley iba a ser aprobada en Alemania – como en todo el mundo civilizado – en un futuro próximo.
- ¿Cuál fue su primera reacción, su primer pensamiento cuando el Kriminalrath Werner dijo eso?
- Yo... me quedé sin habla. Y luego dije que no me veía muy indicado para la tarea... Era una tarea muy difícil – lo reconocían plenamente -, pero yo no tendría que ver con la operación efectiva; de aquello se ocupaban los médicos y las enfermeras. Yo solo debía ser responsable de la ley y el orden.
- ¿Especificó qué quería decir por ley y orden?
- Sí. Yo sería responsable de mantener las máximas medidas de seguridad. Pero por el modo en que lo expresó, entendí que mi responsabilidad principal sería verificar que se cumplieran debidamente las regulaciones protectoras relativas a la elegibilidad de los pacientes.

Cumplimiento del deber, obediencia a las órdenes de la autoridad, acatamiento de la ley y responsabilidad respecto a la meta final. Parece ser suficiente en la vida real y en la que simulamos en un escenario expresamente ideado para que se parezca a ella. En el caso del EPS y de “El Experimento”, el resto de un contexto demoledor en el que se dieron cita la invocación a la autoridad, la sumisión, la violencia física y psicológica, la humillación, la des-

humanización y hasta la muerte de algunos de los participantes (en el caso de la película), lo fue poniendo, en un tiempo récord, la misma “situación carcelaria”: los uniformes de unos (un sayo blanco con un número grabado en negro en el caso de los presos) y otros (traje de guardián con silbato, linterna, porra y manajo de llaves), los barrotes de las celdas que se cierran de manera automática acompañadas de un sonido seco y paralizante, las primeras impresiones entre presos y guardianes, el desarrollo de un sentimiento de pertenencia y de cohesión al interior de cada uno de los grupos, las reacciones de conformidad o de rebeldía por parte de los presos, el deseo de cumplir con las órdenes recibidas por parte de los guardianes, la obediencia obstinada a las órdenes de la autoridad. Al final del cuarto día, la Dr. Jutta Grimm, ayudante del director, y el guardián Berus se encuentran de manera ocasional en la ciudad (tanto en el EPS como en la película de Hirschbiegel los guardianes tenían turnos de trabajo y el resto del día hacían su vida normal). Entre ellos se desarrolla una corta conversación que reproduce la tensión entre el cumplimiento sin restricciones del deber como principio y fin de la acción humana (una ética de la convicción, en términos weberianos, atada casi en exclusiva a una responsabilidad técnica) o el deber supeditado a las consecuencias que se deriven de su aplicación (una ética de la responsabilidad que impide por principio el uso de la violencia):

- Señor Berus, le dice la Dra. Grimm, si vuelvo a verle golpear a un preso, le echaremos.
- Ha sido necesario hacerlo para restablecer la paz y el orden en la cárcel. No me diga cómo tengo que hacer mi trabajo. Y si hay algún problema conmigo, que me lo diga personalmente el Dr. Ton. ¡Buenas tardes, doctora!”

Cuarenta años después de aquella particular experiencia en la que se entremezclan la realidad y la ficción, el propio Zimbardo insiste en algunos pormenores:

1. Al comienzo del experimento no había grandes diferencias entre “carceleros” y “presos”. Una semana después la distancia entre unos y otros era abismal.
2. Cuando colocamos “manzanas sanas” en un “cesto podrido” las consecuencias aparecen de manera inmediata. En el caso que nos ocupa, “las características de ese cesto son las fuerzas situacionales que actuaron en aquel contexto conductual: los roles, las normas y las reglas, el anonimato de las personas y del lugar, los procesos deshumanizadores, las presiones para obtener conformidad, la identidad colectiva y tantas otras cosas” (Zimbardo, 2007, p. 273).
3. Las situaciones revisten una importancia capital; mucha más de la que ese científico ingenuo que todos llevamos dentro sospecha. A veces es realmente lo que marca de manera definitiva el camino de nuestras acciones; de hecho “algunas situaciones pueden ejercer sobre nosotros una influencia tan poderosa que podemos acabar actuando de una manera que nunca habíamos imaginado” (Zimbardo, 2007, p. 293).

4. Las situaciones tienen también un notable poder de transformación. Cuando nos vemos atrapados dentro de determinadas redes, somos capaces de hacer cosas inimaginables para nosotros mismos. “En un entorno situacional adecuado, cualquiera de nosotros puede acabar repitiendo cualquier acto que haya cometido antes cualquier otro ser humano, por muy horrible que pueda ser” (Zimbardo, 2007, p. 293). Ya nos lo ha advertido Max Aue.
5. Las normas suelen ser un poderoso instrumento para forzar y controlar conductas. Junto a las normas, los roles. En el caso del EPS, se trataba de representar papeles alejados de la identidad personal, y lo que se observa es la facilidad con la que los roles se adueñan de las personas, tanto en la vida real como en la ficción, y la rapidez con la que los interiorizamos y los asumimos como propios.
6. Con todos estos ingredientes, el EPS creó una ecología de la deshumanización; ésta “aparece siempre que un ser humano considera que se debe excluir a otro ser humano de la categoría moral de ser persona... Cuando se considera que ciertas personas o grupos están fuera de la humanidad, los agentes deshumanizadores suspenden la moralidad que normalmente regiría sus actos hacia sus congéneres” (Zimbardo, 2007, p. 404).
7. Zimbardo quiere ver un paralelismo entre el EPS y el Holocausto, en concreto “entre los doctores de las SS nazis del campo de exterminio de Auschwitz y los carceleros del EPS (Zimbardo, 2007, p. 288), bien entendido que no pueden ser comparados en cuanto a “su grado de horror” y “la complejidad del sistema que lo engendró y lo mantuvo”.

La eficiencia burocrática

Berus, un perfecto ejemplo de cómo el rol se puede adueñar de la persona, invoca de manera clara y directa la figura de autoridad y el cumplimiento del deber, probablemente los dos cimientos más recios y de mayor solidez en cualquier estructura burocrática, aquella sobre la que Zygmunt Bauman (1997) hace recaer el peso insoportable del Holocausto: “la simple idea de la *Endlösung* (Solución Final) fue un producto de la cultura burocrática” (p. 19). Ni más ni menos.

Max Weber, otro de nuestros maestros más insignes, dejó trazadas las pautas de esta “estructura pura de *dominación del cuadro administrativo*” en una obra cumbre del pensamiento social de todos los tiempos, *Economía y Sociedad* (Weber, 1944, pp. 176-180). Se trata de una estructura compuesta por funcionarios debidamente jerarquizados que actúan “*sine ira et studio*, sin odio y sin pasión”, que tienen sus competencias “rigurosamente fijadas”, disponen de su correspondiente retribución dineraria y su derecho a pensión, tienen delante de sí una “carrera” o perspectiva de ascenso, “se deben solo a los deberes *objetivos* de su cargo”, se guían de manera exclusiva por “la presión del *deber* estricto” (responsabilidad puramente técnica) prescindiendo de las personas a las que su actuación pudiera afectar. El cumplimiento del deber se

lleva a cabo, en último término, “sin acepción de personas”, en ausencia de responsabilidad moral.

La devoción antes que la obligación, una vez más, las personas rendidas a las ideas, los hechos por encima de los valores, la existencia real supeditada a la existencia ideal: ahí empieza, y termina, la autoliquidación de la razón como parámetro ético y moral de la acción humana y se inicia el camino hacia una praxis social inhumana capaz de justificarse a sí misma en medio de un aquelarre de muerte y destrucción aupada en una “ética de la convicción” que imputa las consecuencias indeseables de la acción “al mundo, a la estupidez de los hombres o a la voluntad de Dios que los hizo así” (Weber, 1967, p. 164) o al destino, al mandato de una figura de autoridad o al cumplimiento del deber en la misma medida que se aleja de una “ética de la responsabilidad” que “ordena tener en cuenta las *consecuencias* previsibles de la propia acción” (Weber, 1967, p. 164).

Como judío que era, Stanley Milgram nunca pierde de vista el genocidio nazi y sigue intentando trasladar algunos de sus extremos a su laboratorio de la Universidad de Yale. En el último de los experimentos aborda de manera directa la burocracia haciendo que el sujeto experimental se dedique a tareas subsidiarias, necesarias sin duda para el buen funcionamiento del experimento (para la consecución del objetivo final), pero alejadas de la primera línea de acción (apretar personalmente la palanca en el generador de descargas cada vez que la “víctima” cometa un error). En este caso, el 92,5% de los sujetos siguieron las órdenes de la autoridad: solo tres renunciaron antes de asestar los 450 voltios. En la burocracia moderna, incluso cuando persigue metas abominables, buena parte de las personas implicadas en la tarea “se conforman con un trabajo de papeleo, o con cargar munición, o con llevar a cabo algún acto, que aun cuando contribuya al efecto final destructor, se halla tanto a los ojos como a la mente del funcionario muy lejos de dicho efecto” (Milgram, 1980, p. 118). En último término, la obediencia forma parte de la rutina burocrática en la que, aunque pueda haber quienes se aprovechen de manera patológica de su posición de poder (en el Cuadro 4 hay algunos ejemplos), la mayoría encarnan a la perfección la figura de “un funcionario al que se le ha encomendado una tarea que ha de realizar, y que se esfuerza por ofrecer una impresión de competencia en su trabajo” (Milgram, 1980, p. 174). En sus conversaciones con Franz Stangl, Gitta Sereny cuenta algunos pormenores de la “Fundación General para el Cuidado Institucional”, el nombre edulcorado tras el que se escondía el brutal programa de eutanasia aplicado a los discapacitados mentales y físicos, que coinciden con los argumentos de Milgram: cuando se crea una distancia entre el sujeto experimental y la víctima, se reduce la tensión y se facilita la obediencia. Así, “los planificadores y administradores de estos programas eran, naturalmente, burócratas que trabajaban en despachos a muchos kilómetros de distancia de donde sus ideas y órdenes se ponían en práctica.... Por eso fueron capaces de convencerse a sí mismos – tal como arguyeron los que llegaron a testificar en proceso

— de que se limitaban simplemente a administrar la ‘sanidad pública’ del país, y que por tanto no tenían relación alguna con la violencia o el terror” (Sereny, 2009, p. 71).

Maximilian Aue, el educado, sensible e inteligente psicópata protagonista de *Las benévolas*, la “opera prima” de Jonathan Littell (Premio Goncourt en 2006), nos ofrece, sin el mínimo asomo de arrepentimiento, un canto ensalzado de la rutina burocrática que recuerda al del acusado Mulka que hemos visto al comienzo del artículo: “no estoy arrepentido de nada; hice el trabajo que tenía que hacer, y ya está”; de hecho “lo que hice, lo hice con pleno conocimiento de causa, convencido de que era mi deber y de que era necesario hacerlo, por desagradable y triste que fuera”. Y así lo hicieron también médicos, enfermeras, sesudos científicos, economistas, y un interminable etcétera. “¿Quién es culpable, pues?, se pregunta el comandante Aue. ¿Todos o nadie? ¿Por qué iba a ser más culpable el operario encargado del gas que el operario encargado de las calderas, el jardín o los vehículos? Igual sucede con todas las facetas de esa gigantesca empresa”. Se trataba, en efecto, de una gigantesca empresa que solo pudo ponerse en marcha y cumplir sus objetivos gracias a la maquinaria burocrática que la animaba. Así lo entiende y así lo ha explicado Raul Hilberg en el que posiblemente sea el estudio más riguroso sobre la situación de los judíos en Europa:

En la Alemania nazi había surgido un proceso destructivo sin parangón en la historia. La red burocrática de toda una nación se implicó en estas operaciones, y sus recursos se extendían en una atmósfera que facilitaba iniciativas de organismos de todos los niveles” (Hilberg, 2005, p. 1110).

En dicha red estuvieron representados todos los estamentos y sectores de la sociedad alemana: desde eminentes catedráticos de Universidad hasta los guardagujas de las estaciones por donde transitaban los trenes de la muerte llenos de judíos hacinados en vagones de ganado camino de los hornos crematorios:

Todas las operaciones necesarias fueron llevadas a cabo por cualquier personal disponible. Por mucho que queramos trazar la línea de la participación activa, la maquinaria de destrucción constituyó una notable sección transversal de la población alemana. Cada profesión, cada especialidad y cada categoría social estaban representadas en ella” (Hilberg, 2005, p. 1119).

Era la consecuencia, inesperada e indeseada para la mayoría, y la continuidad del entusiasmo y rapidez con que intelectuales, artistas, funcionarios habían mostrado su fidelidad al nacionalsocialismo tras la apoteósica llegada de Hitler al poder en 1933. Hubo un “momento simbólico”, relata el historiador británico Ian Kershaw en la que posiblemente sea la más completa y concienzuda biografía de Hitler: la quema de libros inaceptables para el régimen el 10 de mayo de 1933. En esta tarea participaron de manera entusiasta las asociaciones de estudiantes, y “los claustros y cuerpos docentes universitarios no habían formulado prácticamente ninguna nota de protesta ante la ‘actuación’.

Sus miembros, con pocas excepciones, asistieron a las quemas” (Kershaw, 2002, p. 649). Y así lo entienden y lo describen Zygmunt Bauman, Albert Speer desde el mismo corazón del nazismo, Christopher Browning (ver Cuadro 2), y un largo etcétera, entre ellos, los mismísimos jueces del proceso contra Eichmann. Éstos, cuenta Arendt (1999, p. 319) “llegaron a tener firme y claro conocimiento de la intrincada organización burocrática de la maquinaria de exterminio de los nazis, a fin de poder comprender plenamente la misión que desempeñaba el acusado”.

CUADRO 2: El dominio del marco burocrático

Albert Speer
La exigencia expresa de limitar la responsabilidad de cada cual a su terreno era aún más peligrosa. Cada cual se movía en su propio círculo: arquitectos, médicos, juristas, técnicos, soldados o campesinos. Las asociaciones profesionales, a las que había que pertenecer obligatoriamente, recibían el nombre de cámaras, y esta denominación definía con acierto el aislamiento de la gente en esferas individuales, separadas unas de otras como por medio de muros. A medida que el sistema de Hitler se prolongaba en el tiempo, crecía el aislamiento ideológico en aquellas cámaras estancas [...] Debíamos el éxito de nuestro trabajo a miles de técnicos que habían destacado por su alto rendimiento, a los que confiamos secciones completas de la producción de armamento. Eso despertó su dormido entusiasmo... En el fondo, lo que hice fue aprovechar la vinculación muchas veces acrítica del técnico con su tarea. La aparente neutralidad moral de la técnica no dejaba que aflorara la conciencia de lo que hacían. Una de las peligrosas repercusiones de la progresiva tecnificación de nuestro mundo a causa de la guerra era que no permitía a los que trabajaban en él vincularse con las consecuencias de su actividad anónima (Speer, 2002, p. 388).
Zygmunt Bauman
Lo que quiero decir es que las normas de la racionalidad instrumental están especialmente incapacitadas para evitar estos fenómenos, que no hay nada en estas normas que descalifique por incorrectos los métodos de “ingeniería social” del estilo de los del Holocausto o que considere irracionales las acciones a las que dieron lugar. Insinúo, además, que el único contexto en el que se pudo concebir, desarrollar y realizar la idea del Holocausto fue la cultura burocrática que nos incita a considerar la sociedad como un objeto a administrar, como una colección de distintos “problemas” a resolver, como una “naturaleza” que hay que “controlar”, “dominar”, “mejorar” o “remodelar”, como legítimo objeto de la “ingeniería social”... Y también insinúo que el espíritu de la racionalidad instrumental y su institucionalización burocrática no sólo dieron pie a soluciones como las del Holocausto sino que, fundamentalmente, hicieron que dichas soluciones resultaran “razonables”, aumentando con ello las probabilidades de que se optara por ellas. Este incremento en la probabilidad está relacionado de forma más que casual con la capacidad de la burocracia moderna de coordinar la actuación de un elevado número de personas morales para conseguir cualquier fin, aunque sea inmoral (Bauman, 1997, p. 23).

Raul Hilberg

En retrospectiva, tal vez sea posible contemplar todo el plan como un mosaico de pequeñas piezas, cada una banal y carente de realce por sí sola. Pero este avance de las actividades diarias, estos memorandos, notas de archivo y telegramas insertos en el hábito, la rutina y la tradición se convirtieron en un enorme proceso de destrucción. Hombres ordinarios acabarían realizando tareas extraordinarias. Una falange de funcionarios de organismos públicos y empresas privadas estaba alcanzando lo supremo... Uno de los avances fue el alineamiento de las organizaciones en una máquina destructiva... Algo básico fue la inmersión del aparato burocrático propiamente dicho en la actividad destructiva... Un proceso administrativo de tal alcance no puede llevarlo a cabo un solo organismo... La maquinaria de destrucción, por consiguiente, no difería estructuralmente del conjunto de la sociedad alemana organizada; la diferencia era solo de función. La maquinaria de destrucción *era* la comunidad organizada en una de sus funciones (Hilberg, 2005, pp. 1094-1095).

Desde el interior del corazón de las tinieblas, las cosas se veían de manera muy parecida. Paul Steinberg fue recluido en Auschwitz III-Monowitz siendo casi un adolescente, y cuenta cómo funcionaba “la máquina de deshumanizar”. Primero, el agotamiento, el desplome físico; después, la afrenta continua, la humillación, el oprobio. Una vez en el campo, la desaparición de todo signo y distintivo personal: el uniforme a rayas, el rapado, el tatuaje, la escudilla. “Al salir de la cadena de montaje, busqué a mi alrededor y vi a Philippe. Tuve que mirar dos veces. Ya no se parecía a sí mismo” (Steinberg, 1999, p. 57), y “enseguida me pareció evidente que ya no éramos individualidades sino un rebaño” (p. 61). A medida que pasan los meses, la cadena de montaje nos engulle, nos disuelve, nos convierte en calcos unos de otros: “estoy rodeado de sombras inconsistentes que apenas puedo discernir y que se evaporan a medida que pasan los días” (Steinberg, 1999, p. 90). Primo Levi, que coincidió con Steinberg en el campo de Buna-Monowitz, relata su experiencia en términos muy parecidos: “el Lager es una gran máquina para convertirnos en animales”. En el momento de la detención, los golpes, inesperados, insensatos, que no dejaron ningún dolor, “solo un estupor profundo: ¿cómo es posible golpear sin cólera a un hombre?” (Levi, 2006, p. 21). Después, el viaje: el hacinamiento, el hambre, la oscuridad, la incertidumbre, la indefensión, la falta de intimidad (el pudor violado). Y al llegar, la selección, y de nuevo el tatuaje, el rapado al cero (la existencia desnuda): “hemos llegado al fondo”, somos autómatas que andan “con extraño paso embarazado, la cabeza inclinada hacia delante y los brazos rígidos” (Levi, 2006, p. 28), sin nombre, sin voluntad, sin apenas sentimientos; somos “una máquina gris” que baila “la danza de los hombres extintos”.

Resultaría muy tranquilizador pensar que todas estas cosas solo suceden cuando hay de por medio personas que llevan dentro de sí la semilla del mal, pero con ello nos haríamos un flaco favor a nosotros mismos y a nuestros des-

cientos porque no los alertaríamos de los peligros que entrañan algunas compañías, algunas ideas, algunos líderes, algunos credos y creencias, algunos ideales. El camino de la deshumanización que han dejado insinuado Paul Steinberg y Primo Levi lo desbrozaron hace unos años Herbert Kelman y Lee Hamilton a la hora de estudiar los “crímenes de obediencia”. Su punto de partida es muy sencillo: estos acontecimientos, frecuentes en la historia de la humanidad, no pueden ser fruto exclusivo de fuerzas psicológicas incontenibles que necesiten manifestarse en acciones violentas ajenas a toda restricción y principio moral. No. Estos acontecimientos nacen al socaire de procesos políticos en los que se dan la mano la furia del poder que exige obediencia, sumisión, conformidad, la lógica del dominio y la autoconservación (Horkheimer), la ilusión de identidades únicas, la supeditación de la razón a la consecución de metas e ideales abstractos, etc. “Desde este punto de vista, antes que pararse en los motivos de la violencia, resulta mucho más instructivo mirar las condiciones bajo las que las inhibiciones morales más elementales quedan debilitadas” (Kelman y Hamilton, 1989, p. 15). En el cuadro 3 se recogen las que probablemente sean las condiciones más poderosas para llegar a estos acontecimientos.

CUADRO 3: Procesos que crean las condiciones para las masacres autorizadas (elaborado a partir de Kelman y Hamilton, 1989)

Autoridad	Burocracia	Deshumanización
Se sustenta sobre el proceso de sumisión.	Se apoya en la identificación.	Tiene a la internalización como base.
La ley y norma como instrumento de orientación para los sujetos.	El rol, mecanismo por el que se orientan los sujetos.	La ideología (los valores), instrumento de reacción y orientación de los sujetos.
Obediencia como respuesta prioritaria.	Cuidada división de tareas entre los actores.	La persona es definida de acuerdo a la categoría a la que pertenece.
No hay posibilidad de elegir.	Ejecución de un rol formado por comportamientos regularizados y mecanizados.	Distancia psicológica respecto a la víctima: neutralización. La víctima es ignorada.
Exige respuestas en términos de obligación y no de preferencias personales.	Las diferentes partes (roles) se refuerzan mutuamente a fin de proyectar la imagen de que lo que sucede es perfectamente normal, correcto y legítimo.	Devaluación de la víctima.

Los actores no se ven responsables de las consecuencias de sus actos.	Se centra más en la ejecución adecuada y correcta de la acción que en sus consecuencias.	
Anula los escrúpulos morales invocando una misión trascendente	Reducción de la necesidad de tomar decisiones.	
El valor supremo es la lealtad.	Minimización posibilidad de plantear cuestiones morales.	

Esos hombrecillos aferrados a sus mezquinos puestos

Dentro de esta potente maquinaria burocrática, el Dr. Kerherr tenía encomendada la tarea de llevar el recuento de las personas enviadas a las “medidas especiales”. Maximilian Aue lo describe como un “hombrecillo huraño” navegando en un mar de informes desordenados, con un “inextinguible apetito de datos que solo puede saciarse con documentos, tablas estadísticas y encuestas”, como diría Weber, extremadamente escrupuloso con la contabilidad y preocupado por la precisión del sistema de recuento que se hace *in situ* durante las “operaciones especiales”. Usted estuvo presente en la “Aktion” de Kiev (la célebre matanza de Babi-Yar, cerca de Kiev); dígame cómo hicieron con tanta exactitud el recuento de las 33.771 personas que fueron sometidas a “tratamiento especial”, le pregunta a Aue. Esa era toda su preocupación; ahí empezaba y acababa el mundo para el bueno de Kerherr: en conocer el procedimiento utilizado para el recuento de los judíos que eran fusilados con un tiro en la sien a manos de los miembros de los *Einsatzgruppen*. Que cuadren las cuentas. Cuenta Alexandr Solzhenitsyn que para los jueces de instrucción en la época de Stalin “lo que para nosotros [los presos del Gulag] era tortura, ellos lo llamaban trabajo bien hecho”. Y añade:

La esposa del juez Nikloái Grabischenko (Canal del Volga) decía enternecida en el vecindario: ‘mi Kolia es muy buen funcionario. Había uno que llevaba mucho tiempo negándose a confesar y se lo dejaron a Kolia. Kolia habló con él toda la noche y el hombre confesó’ (Solzhenitsyn, 2005, p. 181).

Unas páginas más adelante describe su condena: un comandante de la NKVD (Comisariado del Pueblo del Interior), “bien aseado, de cabello negro, tras una improvisada mesita con una lámpara” y con expresión de “aburrimiento resignado”, rebusca en un montoncito de papeletas blancas, extrae una y la lee “de carrerilla y con indiferencia”: era su condena. “Me habría gustado emocionarme, sentir con intensidad ese instante, pero la verdad es que no pude” (Solzhenitsyn, 2005, p. 330). Schulz era otro “hombrecillo enteco”; el teniente coronel Rudolf Brandt, la mano derecha de Himmler, era, a ojos de Aue, un “hombrecillo encorvado de aspecto incoloro y meticuloso”. Al general

de Brigada Glücks lo recuerda como un “hombrecillo triste y cansado”, pero el que quizás más le incomodó fue aquel funcionario de carrera que se encontró en Budapest cuando la evacuación de la comunidad judía, un tal Hunsche, “el clásico hombrecillo gris en quien nunca se fija uno detrás del mostrador de un banco en donde emborrona papeles pacientemente a la espera de cobrar la jubilación e irse, con un chaleco de punto que le ha hecho su mujer, a cultivar tulipanes holandeses o a pintar soldaditos de plomo napoleónicos, para colocarlos con mimo, en filas impecables, en recuerdo del orden perdido en su juventud, delante de una maqueta de escayola de la Puerta de Brandeburgo”. Una acabada descripción del burócrata. Todos ellos comparten una misma cualidad: el sagrado sentimiento del deber, el cumplimiento de las tareas definidas en un guión que alguien ha escrito por ellos, su absoluto desinterés por lo que hay antes y, sobre todo, por lo que sucede a renglón seguido de sus actividades, su identificación con la grisura de la rutina burocrática, y, lo que es más importante, la concepción de que todo lo que es legal acaba siendo moral; más aún, es moral porque es legal. Y todos ellos tienen presta, ante cualquier orden de sus superiores, brazo en alto como un resorte y palma de la mano extendida, la misma respuesta marcial, automática y alejada de cualquier elaboración cognitiva: *Zu Befehl* (¡A sus órdenes!). El marco burocrático que envuelve esta herida en el mismo corazón de la especie humana se sostiene sobre una doble estrategia: una meticulosa y funcional división del trabajo, y la sustitución de la responsabilidad moral por la responsabilidad técnica. El resultado no puede ser más demoledor: la deshumanización de los objetos (no importa que sean personas) sobre la que actúa la burocracia (Bauman, 1997, p. 135).

Ahora nos trasladamos a 1965. Estamos en Frankfurt donde se lleva a cabo un juicio contra colaboradores del nazismo. En el banquillo de los acusados se sienta un tal Kaduk y el interrogatorio discurre por los siguientes cauces:

- **Juez:** “Señor testigo, ¿puede usted señalar al acusado Kaduk?”
- **Testigo 3:** Ése es Kaduk. Kaduk era llamado por los presos profesor o el santo doctor Kaduk porque hacía selecciones por su cuenta. Con el mango de su bastón pescaba las víctimas por el cuello o la pierna.
- **Acusado 7:** Señor Director, esa afirmación es falsa.
- **Testigo:** Yo vi como Kaduk sacaba a cientos de presos de la enfermería. Tenían que desvestirse y marchar en fila delante de Kaduk. Éste levantaba su bastón hasta una altura de un metro. Los presos tenían que saltar por encima. El que rozaba el bastón iba al gas. El que lograba saltar por encima era azotado hasta desfallecer. Ahora salta otra vez, gritaba Kaduk, y esa segunda vez ya no lo lograba.
- **Acusado 7:** Yo no seleccioné a ningún preso. Yo no decidí nada. Eso no era de mi competencia.
- **Juez:** ¿Cuál era entonces su misión?
- **Acusado 7:** Sólo tenía que vigilar en las selecciones. Siempre puse gran atención, como un lince, en que de los seleccionados ninguno se colara al grupo de los aptos para el trabajo.
- **Juez:** ¿Prestó usted también servicios en el andén?
- **Acusado 7:** Sí, tenía que dirigir la marcha de los grupos.

- **Juez:** ¿Cómo lo hacía?
- **Acusado 7:** Todos fuera, equipajes sobre el andén, en marcha en filas de a cinco.
- **Testigo 3:** Kaduk disparaba sin orden ni concierto a las gentes.
- **Acusado 7:** Sin orden ni concierto jamás se me hubiera ocurrido disparar... Fui duro, tengo que reconocerlo. Pero solo hice lo que era mi deber.
- **Juez:** ¿Y cuál era su deber?
- **Acusado 7:** Cuidar de que todo marchara bien.

He aquí otro probo funcionario que forma parte de esa enorme obra que es *La indagación*, un *Oratorio en 11 cantos*, del dramaturgo alemán Peter Weiss (1968, pp. 50-51), elaborada a partir de retazos tomados de las actas del proceso. Volvemos a la realidad; a una realidad tan indescriptible y tan inconcebible que parece ficción: cuando contéis lo que habéis visto, nadie os creerá, les decían los soldados de las SS a los prisioneros de los campos de exterminio. Primo Levi lo relata en el Prefacio de *Los hundidos y los salvados*: “ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar, el mundo no lo creería... la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos” (Levi, 1989, p. 11). Salvando las distancias, algo parecido es lo que piensan los estudiantes de Psicología cuando se enfrentan a las investigaciones de Zimbardo o de Milgram.

El tal Kaduk es también uno de esos “hombrecillos aferrados a sus mezquinos puestos” sobrados de celo en el desempeño de su tarea y en algunos casos sobrepasados de ideología, a los que alude Weber: “es horrible pensar que el mundo llegue un día a estar colmado de estos pequeños engranajes, hombrecillos aferrados a sus mezquinos puestos... Esta pasión por la burocracia... basta para llevarnos a la desesperación” (Weber, cit. en Nisbet, 1969, p. 163). Así son también el resto de los personajes del drama. En el Cuadro 4 ponemos de relieve el nombre de los acusados, los cargos contra ellos y su estrategia justificadora de lo injustificable:

CUADRO 4: La máquina burocrática

Los actores del drama	Los cargos contra ellos	Los argumentos justificativos
Dr. Capesius (Acusado 3)	<ul style="list-style-type: none"> - Dispensar el fenol para el asesinato en masa de presos en la enfermería (ver acusado 9). - Responsable del almacenamiento del Zyklon B. - Guardaba las joyas y los dientes de oro de los presos gaseados con los que amasó una cierta fortuna. - Intento de soborno a los testigos del juicio. 	<ul style="list-style-type: none"> - Desconocía que en el campo se mataran presos con fenol. - En la farmacia no había tal cantidad de fenol. - El fenol, mezclado con glicerina, se utilizaba solo para gotas en los oídos.
Hofmann (Acusado 8)	<ul style="list-style-type: none"> - Participación en las selecciones y acompañar a los judíos hasta los hornos crematorios. 	<ul style="list-style-type: none"> - Yo solo me dedicaba a mantener el orden y el silencio. - Yo solo cumplía con mi servicio. ¿Qué podía hacer? Las órdenes tenían que ser cumplidas.
Bischof (Acusado 15)	<ul style="list-style-type: none"> - Asesinato a sangre fría de presos inocentes e indefensos. 	<ul style="list-style-type: none"> - Solo tenía que poner orden en las aglomeraciones. - Mi deseo es hacer ya tabla rasa de todo esto.
Baretzki (Acusado 13)	<ul style="list-style-type: none"> - Tomar parte en las selecciones en los andenes y acompañar a los transportes hasta los hornos crematorios. - Asesinato a sangre fría de un recién nacido. - Golpear brutalmente a los prisioneros causándoles la muerte (golpe mortal con la mano plana en la aorta) 	<ul style="list-style-type: none"> - Yo solo pertenecía a las brigadas de vigilancia. - No podía creer que la finalidad de la selección fuera la cámara de gas. No es posible, decía.

Dr. Frank (Acusado 4)	<ul style="list-style-type: none">- Selección en el andén para los hornos crematorios.	<ul style="list-style-type: none">- Pedí ser relevado del servicio del andén, pero se me indicó que toda negativa era castigada como deserción.- No conduje transportes a la cámara de gas. Esas funciones eran desempeñadas por las brigadas de vigilancia.- Hice todo lo posible por prestar ayuda a los presos.
Dr. Schatz (Acusado 5)	<ul style="list-style-type: none">- Participación en las selecciones.	<ul style="list-style-type: none">- Me destinaron al campo a la fuerza.- Cuando estaba en el andén era para coger medicinas o instrumental médico.- Mantuve con los presos una relación amistosa.
Dr. Lucas (Acusado 6)	<ul style="list-style-type: none">- Participación en las selecciones de presos para las cámaras de gas.	<ul style="list-style-type: none">- En cuanto médico, mi tarea es proteger la vida humana, no destruirla.- Alegaba enfermedades para no participar en esas actividades.- Recibí la orden de ir al andén bajo amenaza de ser detenido en el acto si no obedecía.
Acusado Broad (Acusado 16)	<ul style="list-style-type: none">- Matar a latigazos a un preso.- Considerar a todos los presos criminales y enfermos mentales.- Participar en fusilamientos ante el muro negro.	<ul style="list-style-type: none">- No recuerdo ese caso. Jamás se dieron tantos latigazos en nuestro campo.
<i>Blockführer</i> Bednarek (Acusado 18)	<ul style="list-style-type: none">- Matar a golpes a varios presos.- Obligar a los presos a permanecer durante media hora desnudos en pleno invierno. Se quedaban rígidos y helados y eran lanzados al patio donde morían.	<ul style="list-style-type: none">- Esos cargos son invenciones.- Yo no podía hacer tal cosa; era un simple preso.- Dejé dormir en mi habitación a compañeros presos.- Di alguna paliza, pero no maté a nadie.

<p>Acusado Kaduk (Acusado 7)</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Hacer selecciones por su cuenta. - Enviar a la cámara de gas de manera caprichosa a cientos de presos. - Disparar sin orden ni concierto a presos - Matar de asfixia a un preso con su bastón. - Participar en fusilamientos ante el muro negro. 	<ul style="list-style-type: none"> - Me limitaba a vigilar durante las selecciones. - No decidía nada. No era de mi competencia. - No disparaba sin orden ni concierto. Fui duro, pero solo hice lo que era mi deber: cuidar de que todo marchara bien. - He sido enfermero y fui querido por mis pacientes. Me llamaban “papá Kaduk”. - Solo quiero vivir en paz.
<p>Acusado Boger (Acusado 2)</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Falsificar las actas de defunción de los presos. - Interrogatorios violentos en la sección política. - Maltrato sistemático a los presos. - Torturas hasta la muerte. - Asesinato a sangre fría de mujeres y niños aplastándole la cabeza contra la pared de un barracón. - Participar en fusilamientos. 	<ul style="list-style-type: none"> - En la sección política solo nos teníamos que ocupar de los actos de resistencia. - Nuca hubo testigos en los interrogatorios. - No he matado a nadie. Solo tenía que llevar a cabo los interrogatorios dentro de los límites de las disposiciones vigentes. - Ante la obstinación de los detenidos solo la violencia servía para sacar la declaración. - Los castigos los administraban los presos que estaban destinados como auxiliares y bajo mi vigilancia. - Solo se pegaba al preso hasta que sangraba. Yo paraba cuando salía sangre. - Cumplía órdenes muy concretas. Solo disparé una vez. Obedeciendo una orden tuve que participar en un fusilamiento.

Ayudante de campo Mulka (Acusado 1)	<ul style="list-style-type: none">- Ordenar ajusticiamientos públicos- Responsable de las órdenes de transporte del gas Zyklon B	<ul style="list-style-type: none">- Nunca dí una orden de ajusticiamiento.- Mi trabajo era puramente administrativo: calcular precios, distribuir las fuerzas del trabajo, acompañar al comandante en las recepciones y en las fiestas.- Desconocimiento de las matanzas masivas en el campo.- Me sentí lleno de horror cuando supe del exterminio, pero era Oficial del ejército y conocía el Código de Justicia Militar.- Estábamos convencidos de que con aquellas órdenes se trataba de alcanzar un objetivo de guerra secreto.- Yo fui una víctima del sistema.
<i>Blockführer Stark</i> (Acusado 12)	<ul style="list-style-type: none">- Fusilamientos- Asesinatos a sangre fría- Presencia en la selección y en los hornos crematorios- Tomar parte en las gasificaciones masivas	<ul style="list-style-type: none">- Los presos formaban parte del movimiento de resistencia.- Mi tarea consistía en hacer el recuento de los presos y que la gente fuera al trabajo puntualmente.- Después de la recepción, yo no tenía nada que ver con los presos.- Tenía que estar presente en todos los transportes obedeciendo órdenes.- Se fusilaba a quienes con su fanática postura amenazaban la seguridad del campo.- Participar en los fusilamientos era una orden.- Se nos decía que todo se hacía de acuerdo con la ley.
Acusado Schlage (Acusado 14)	<ul style="list-style-type: none">- Asesinatos a sangre fría- Dejar morir de hambre a presos en sus celdas	<ul style="list-style-type: none">- No participé en matanzas.- Yo solo era un guardián. Recibía las órdenes de mis superiores y a eso tenía que ceñirme.- Es posible que murieran presos en los calabozos, pero no puedo recordarlo.

Jefe del servicio sanitario Klehr (Acusado 9)	<ul style="list-style-type: none"> - Asesinatos masivos mediante inyecciones de fenol en el corazón - Si alguno de ellos sobrevivía a la inyección, le disparaba en la cabeza 	<ul style="list-style-type: none"> - Yo no estaba autorizado para hacer esas selecciones para la enfermería. Solo tenía que procurar que se enviaran los presos adecuados. - Yo era responsable del orden y de la limpieza del bloque de enfermería y de los registros. - Solo tenía que supervisar el cumplimiento de las disposiciones dadas. - No pude negarme a presenciar esos tratamientos porque de haberlo hecho, me hubieran fusilado. - Puse mis reparos al médico, pero se me dijo que debía limitarme a cumplir con mi deber. - Algunas veces realicé selecciones y puse la inyección de fenol: era una orden. Yo no podía hacer nada contra ello.
Jefe de sanidad Scherpe (Acusado 10)	<ul style="list-style-type: none"> - Matanza masiva de niños mediante la inyección de fenol en el corazón 	<ul style="list-style-type: none"> - El testigo exagera. - Jamás maté a nadie. - No alcanzo a recordar esos sucesos.
Jefe de sanidad Hantl (Acusado 11)	<ul style="list-style-type: none"> - Matanza masiva de niños mediante la inyección de fenol en el corazón 	<ul style="list-style-type: none"> - Al principio me negué, pero después de obligaron a presenciar esas escenas unas 8 ó 10 veces.
Desinfectador Breitwieser (Acusado 17)	<ul style="list-style-type: none"> - Suministrar el Zyklon B en las cámaras de gas 	<ul style="list-style-type: none"> - Como desinfectador, estaba encargado de dar las instrucciones adecuadas. - Mi servicio terminaba a las 18h. Nunca estuve en el campo después de esa hora.

He aquí 18 de los miles de actores de uno de los dramas más sombríos jamás protagonizados por el ser humano a lo largo de su historia. He aquí 18 funcionarios que tienen claramente definidas sus tareas, sus deberes, sus cometidos y sus funciones; que se limitan, eso es al menos lo que dicen, a cumplir órdenes, que siguen escrupulosamente la ley sin preocuparse por las consecuencias que de ello pudieran derivarse para personas de carne y hueso (cumplen la ley y obedecen las órdenes “sin acepción de personas”). Volvemos a Stanley Milgram: al quedar atrapado en la dinámica de autoridad-obediencia, la persona “ya no se considera a sí misma como actuando a partir de sus propios fines, sino que se considera a sí misma más bien como un agente que ejecuta los deseos de otra persona” (Milgram, 1980, p. 127); su compromiso es

con la figura de autoridad, no con la víctima; lo que realmente cuenta no es *lo que hacen*, sino *para quién* lo hacen, de suerte que “nos encontramos con una serie de personas que ejecutan sus tareas y se ven dominadas por una idea administrativa más que moral” (Milgram, 1980, p. 173). Hombres y mujeres pulcras en el cumplimiento de sus funciones que evitan hacer preguntas incómodas o inconvenientes. La burocracia no necesita gente con ideas, sino con un acendrado sentido del deber y de la obligación. El acusado Stark lo señala con gran propiedad: “señor presidente: quiero aclararlo ya de una vez... En las escuelas del partido aprendimos a aceptarlo todo en silencio. Si alguno preguntaba algo, se le decía: todo lo que se hace, se hace de acuerdo con la ley. De nada sirve que hoy las leyes sean otras... Señor presidente, no nos dejaban pensar. Eso ya lo hacían otros por nosotros. *Risas aprobatorias de los acusados*” (Weiss, 1968, pp. 134-135). El Acusado Schlage invoca con toda sencillez, y con toda tranquilidad, la obediencia a la autoridad:

Señor director, les ruego que escuchen lo siguiente. Yo solo era un guardián en el bloque once. Recibía las órdenes de mis superiores, y a eso tenía que ceñirme. De cuanto ocurría en los calabozos no era yo el responsable, sino la administración” (Weiss, 1968, p. 187).

Tampoco pasó desapercibido para algunos de los testigos del drama (supervivientes de los campos) el marco burocrático que envolvía las acciones de los guardianes. En el “Canto de la posibilidad de sobrevivir” (canto 4), un superviviente de Auschwitz hace una confesión que recuerda mucho a las reflexiones en torno a la “zona gris” de Primo Levi:

También el doctor Schatz y el doctor Frank eran siempre amables con los presos que llevaban a la muerte. No mataban por odio ni por convicción, mataban solo porque tenían que matar y eso no se podía discutir. Sólo unos pocos mataban por pasión” (Weiss, 1968, p. 82).

Uno de los testigos del “Canto de los hornos crematorios” (canto 11), ya al final del drama, se suma a esta apreciación: “los acusados en este proceso que actuaron como peones en el campo, solo son un eslabón final de la cadena” (Weiss, 1968, p. 227). Joe Siedlecki le confiesa a Gitta Sereny que “en Treblinka, algunos de ellos [de los alemanes] eran unos animales, pero otros fueron buenos... Había por ejemplo un SS que si le viera hoy, si hubiera algo que necesitara, se lo ofrecería: Karl Ludwig. Era un hombre de verdad bueno” (Sereny, 2009, p. 271). El comandante Aue, un burócrata de los pies a la cabeza y buen conocedor de la burocracia berlinesa, confiesa que los oficiales que tenía Eichmann alrededor “eran casi todos hombres pacíficos y buenos ciudadanos que cumplían con su deber y vestían, ufanos y contentos, el uniforme SS”. No resulta probable que se hicieran preguntas complicadas respecto a la naturaleza de sus cometidos por estar alejados de las acciones más deleznable. Eichmann lo hizo, para sorpresa e indignación de la comunidad internacional, a fin de defenderse de las abrumadoras acusaciones que acabaron con él en la horca: “siempre había vivido en consonancia con los preceptos morales de

Kant, en especial con la definición kantiana del deber” (Arendt, 1999, p. 206). El cumplimiento de las órdenes era su mayor placer, su mayor virtud, su mayor ilusión, su mejor carta de presentación. En el pormenorizado relato que la joven filósofa va trazando, cuenta que Eichmann “aseguraba con gran orgullo que siempre ‘había cumplido con su deber’, que siempre había obedecido las órdenes, tal cual su juramento exigía” (Arendt, 1999, p. 141), que “nunca había tomado una decisión” y procuraba actuar siempre amparado en las órdenes recibidas; más aún, que “no solo obedecía *órdenes*, sino que también obedecía la *ley*” (Arendt, 1999, p. 205), obviamente, y como buen burócrata, “sin acepción de personas”. ¿Su delito?: haber sido obediente. Al fin y al cabo de esta sombría historia, Eichmann concluye que él también era una víctima.

En la asfixiante novela de Jonathan Littell, Maximilian Aue lo recuerda como una persona obstinada, metódica en su trabajo, extremadamente respetuosa con el orden jerárquico, con un toque desconfiado en su trato con los desconocidos, incapaz de tomar una decisión por su cuenta, obsesionado con los números y estadísticas procedentes de los países europeos en torno a la marcha de la “Solución Final” (*Endlösung*) y enredado en “una sintaxis burocrática particularmente embrollada” tras la que se escondía la ilusa intención de hacer menos dramática y dolorosa la inhumana realidad del exterminio. Durante una velada musical en su casa, cena incluida, Eichmann le hace una confesión: “en este momento estoy leyendo la *Crítica de la razón práctica*... Y he pensado mucho sobre todo acerca del Imperativo kantiano. Estoy seguro de que estará usted de acuerdo conmigo si digo que todo hombre honrado debe vivir de acuerdo con ese imperativo”. Sin disentir abiertamente, Aue, formado de manera exquisita en el campo jurídico (había alcanzado el grado de doctor), improvisa una respuesta que actúa como acicate para que Eichmann revele su visión del mundo: tengo un amigo, dice, que sostiene que en tiempos de guerra el Imperativo kantiano queda suspendido, “ya que, por supuesto, lo que deseamos hacerle al enemigo, no queremos que el enemigo nos lo haga a nosotros... Pero yo noto que está equivocado y que, de hecho, por fidelidad al deber, como quien dice, por obediencia a las órdenes superiores... resulta que, precisamente, tenemos que poner nuestra voluntad en cumplir mejor aún las órdenes. En vivirlas de forma positiva”. El argumento de Eichmann tiene una música nada estridente, pero lo delata la letra: el enemigo, el deber, la obediencia, las órdenes. Con esos ingredientes no es posible reconstruir el imperativo kantiano; tan solo sirven para aplacar las voces de la mala conciencia que en el caso de Eichmann debían ser muchas y muy potentes. La misma categoría de “enemigo” lleva implícito un impedimento insalvable para poder formular a partir de ella cualquier imperativo moral. El enemigo se sitúa en las antípodas del yo, en una región psicológica en la que está ausente lo que nos define como humanos: la empatía, la compasión y el respeto a la dignidad como persona, y las acciones que respecto a él se realizan están muy lejos de poder convertirse en ley universal. Eichmann pasó por alto, quizás de manera interesada, que “algunas acciones están constituidas de tal modo que su máxima ni siquiera

puede ser *pensada* sin contradicción como ley universal de la naturaleza, y mucho menos se puede *querer* que *se convirtiese* en ella”, según reza textualmente el parágrafo 424-5 de la Segunda Sección de la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (ver edición bilingüe a cargo de José Mardomingo en la editorial Ariel). Y se olvidó de algo más ese “burócrata con talento y muy competente en el desempeño de sus funciones”, siempre según la discutible opinión del comandante Aue: de que el imperativo categórico entraña “deberes hacia nosotros mismos y hacia otros hombres”, en palabras del propio Kant. En la argumentación de Eichmann, en la que recoge el comandante Aue y en la que relata Hannah Arendt, así como en la que esgrimen los 18 actores de “La indagación”, hay una confusión esencial entre el deber como imperativo hipotético (“la acción es buena para algún propósito *posible* o real”), y el deber como imperativo categórico “que declara la acción objetivamente necesaria por sí, sin referencia a cualquier propósito”. Con una imprescindible apostilla (425-5 de la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* antes citada): si el deber se convierte en pauta inexcusable de nuestras acciones, “se puede expresar solamente en imperativos categóricos, y de ningún modo en imperativos hipotéticos”. No es necesario insistir; el imperativo categórico por el que Eichmann rige sus pasos es el “imperativo categórico del Tercer Reich” bien conocido entre las elites nazis: “comportate de tal manera, que si el Führer te viera, aprobara tus actos”. Hannah Arendt (1999, p. 206) nos da una última clave: “la filosofía moral kantiana está tan estrechamente unida a la facultad humana de juzgar que elimina en absoluto la obediencia ciega”.

En los estertores finales del régimen, Max Aue y Eichmann coinciden en Auschwitz, cada uno en sus tareas. Por la Europa liberada y por Estados Unidos ya corrían listas de los máximos responsables de la masacre contra los judíos:

- ¿Quiere mi opinión sincera?, le pregunta Aue.
- Sí — contestó Eichmann -. Ya sabe que, pese a todos nuestros desacuerdos, siempre he respetado su opinión.
- Pues yo creo que si perdemos la guerra lo van a joder vivo.
- Eso ya lo sé. No cuento con sobrevivir. Si nos vencen, me meteré una bala en la cabeza con el orgullo de haber cumplido con mi deber de SS.

Finalmente, las cosas no transcurrieron de esa manera. No importa. Lo que queremos, ya para terminar, es señalar que el cumplimiento del deber y la obediencia a las órdenes de la autoridad sigue siendo un baldón en muchos de nuestros grupos, en muchas de nuestras familias, en muchas de nuestras sociedades, en casi todas las religiones. Y haríamos bien en no olvidar que sobre el cumplimiento del deber sin acepción de personas y sobre la obediencia ciega han crecido históricamente toda suerte de fanatismos que han cubierto la historia de sufrimiento y deshumanización.

Referencias

- Arendt, H. (1999). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.
- Asch, S. (1962). *Psicología social*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bauman, Z. (1997). *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Ediciones Sequitur.
- Haney, C., y Zimbardo, P. (1998). The Past and Future of U.S. Prison Policy. Twenty-Five Years After the Stanford Prison Experiment. *American Psychologist*, 53, 709-727.
- Hilberg, R. (2005). *La destrucción de los judíos europeos*. Madrid: Akal.
- Horkheimer, M. (2002). *Crítica de la razón instrumental*. Madrid: Trotta.
- Horkheimer, M., y Adorno, T. (1970). *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Sur.
- Kelman, H., y Hamilton, L. (1989). *Crimes of Obedience. Toward a Social Psychology of Authority and Responsibility*. New Haven: Yale University Press.
- Kershaw, I. (2002). *Hitler (I). 1889-1936*. Barcelona: Península.
- Kertész, I. *Dossier K*. Barcelona: El Acanalado.
- Levi, P. (1989). *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik Editores.
- Littell, J. (2007). *Las benévolas*. Barcelona: RBA.
- Milgram, S. (1980). *Obediencia a la autoridad*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Nisbet, R. (1968). *La formación del pensamiento sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Sereny, G. (2009). *Desde aquella oscuridad. Conversaciones con Franz Stangl, comandante de Treblinka*. Barcelona: Edhasa.
- Solzhenitsyn, A. (2005). *Archipiélago Gulag I*. Barcelona: Tusquets.
- Speer, A. (2001). *Memorias*. Barcelona: El Acanalado.
- Steinberg, P. (1999). *Crónicas del mundo oscuro*. Barcelona: Montesinos.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder.
- Tilly, C. (2007). *Violencia colectiva*. Barcelona: Hacer.
- Weber, M. (1944). *Economía y sociedad*. México: F.C.E.
- Weber, M. (1964). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.
- Weber, M. (1973). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Wiesel, E. (1986). *La noche, el alba, el día*. Barcelona: Muchnik Editores.
- Wiesel, E. (1996). *Memorias. Todos los torrentes van a dar a la mar*. Barcelona: Anaya & Mario Muchnik.
- Wright Mills, C. (1961). *La imaginación sociológica*. México: F.C.E.

- Zimbardo, P., Haney, C., Banks, W., y Jaffe, D. (1986). La psicología del encarcelamiento: privación, poder y patología. *Revista de Psicología Social*, 1, 95-105.
- Zimbardo, P. (2004). Situaciones sociales: su poder de transformación. *Revista de Psicología Social*, 12, 99-112.
- 51 Zimbardo, P. (2007). *El efecto Lucifer*. Barcelona: Paidós.